

En torno a don Miguel de Unamuno

Dedicado a don José M.^a Fernández-Gaytán—

I

INTRODUCCION

NADA fácil resulta de primera intención hablar de don Miguel de Unamuno y mucho menos dar una exposición de su pensamiento para los que, conociéndole y sin adentrarnos en conocimientos y organizados estudios sobre el mismo, nos imponemos la misión de buscar una sistemática de su pensamiento y hacerlo tal y como lo han hecho Julián Marías o el P. Oromí. No obstante, a los que hemos leído la profusa obra de don Miguel, gustando de ella el sabor agríndice que su médula contiene, y hemos entrevisto a través de la misma sus altos y bajos, sus sosegados paisajes espirituales y sus cumbres azotadas de gemidores y ululantes vientos, aquella disparidad en la expositiva, aquella rebeldía espiritual, y nos hemos dejado arrastrar momentáneamente por el soplo de aquel fuerte espíritu que se diluía en contorsionados remolinos, el problema de don Miguel de Unamuno y todos los por él suscitados, nos han traído, y hasta llevado tras sí como a papel arrastrado, por su aire espiritual. La serenidad, el reposo que tras el turbión adviene, hace que, entibados en puerto de aguas sosegadas, veamos su pasar con ojos inquietos y con el alma un poco acongojada, por pensar, adonde iría a parar aquella impetuosa nave arrasada por su propia y espléndida fuerza, navegando sin itinerario prefijado; y así sin preceptismos, ni una especial propedéutica intelectual con que enjuiciar a don Miguel, a modo vulgar, diríamos, lleguemos a mirar a don Miguel, sin prejuicios, pero con simpatía por su gesto altamente humano y ver, con cierto dolor, a través del prisma de nuestra concepción de esta vida y de la otra, suministrada por la ortodoxia, como todo su combatir acaba en un desesparar sin solución.

No se nos oculta—y él mismo lo manifiesta—que de todo el pensamiento unamuniano, lo más sustancial del mismo, diluido en sus obras, se encuentra concentrado en la titulada «El sentimiento trágico de la Vida en los hombres y en los Pueblos», que fué la erudita y sentida exposición en la que él recogió sus interiores angustias, para después darlas a la luz y aventarlas a todos los puntos cardinales. Su «Yo» y su angustia por la pervivencia de su «Yo» y el cómo de esa pervivencia, pues todos los demás problemas por él tocados son, o consecuencias del mismo, o accidentes pequeños en com-

paración del gran problema que don Miguel tenía planteado y en su libro nos narró.

A tocar el mismo,—pues para exponerle con amplitud, hacer una glosa y una crítica, se necesitaría largo tiempo y llenar gran infolio—se dirige el presente trabajo, procurando sustantivar en poco espacio lo que de todo su problema son los signos fundamentales, para así entrever una solución y encontrar una postura con la que, desde nuestra ortodoxia, mirarle con simpatía, pero con despreocupación; y al efecto, en la última parte de este trabajo, para hacer una crítica comparativa de don Miguel, le ponemos frente a frente con dos figuras colosales (cada una a su modo) de la historia de la humanidad: con San Agustín y con Martín Lutero.

Nada tan dispar entre sí estas dos figuras en sus consecuencias, y dispares también ambas con Unamuno; pero no totalmente antagónicas con él, pues San Agustín fué el hombre torturado, aquejado por profundos problemas—sobre todo el del Bien y el Mal—que le hicieron discurrir en el Maniqueísmo, durante su juventud, por los caminos del error, hasta que halló la Gracia y se hizo cristiano. Querer hallar la Verdad, querer creer, pero... ¿cómo?; este fué el problema de San Agustín antes de su conversión. Lutero estaba dentro de la ortodoxia y por una complejidad en la que entran circunstancias, carácter y motivos de intimidad personal, salió abiertamente al campo de la heterodoxia y fué su principal campeón. Una vez en ella, su sistema hubo de ser destructivo, y fué un impugnador de todo el ajeno razonar.

Unamuno razonó por cuenta propia, y no por vía preconcebida de impugnación para destruir, sino para edificar un sistema propio, y de aquí, que sin haber salido de la ortodoxia, sencillamente por que no había entrado en ella, adopte, como Lutero, la postura de impugnar todo lo que es antecedente, sin, por su desgracia, llegar a modular un sistema que le diera paz. Su problema constante fué, como el de Agustín—de Hipona pre-converso, de inquietudes, de trágico malestar que le hacen decir constantemente *¿quid est, veritas?*, y así como el Santo pudo decir ¡Señor, nos creaste para Ti, y nuestro corazón ha estado inquieto hasta descansar en Ti!, Unamuno no pudo descansar, porque no llegó a reconocer Señor.

De estas dos figuras nos servimos (sin que pueda suponer irreverencia) por que son harto conocidas y pueden, mejor que otras, servir de referencia y de rápida comprensión del problema planteado y, aunque aparentemente anacrónicas con don Miguel, con ellas los problemas se plantean a todas luces con evidente imparcialidad, por referirse, no a problemas, sino a hombres siglos ha fenecidos.

Podríamos decir, repitiéndolo, que el problema constante de Unamuno, fué el de San Agustín pre-converso, y por eso, este Santo, altamente humano, es cabalmente quien exponiendo los problemas por los que pasó, y allegada la solución, puede darnos la clave de la sencillez con la que consiguió la Paz, esa paz que el insumiso don Miguel no pudo encontrar.

Así pues, esto explicado a forma de introducción, intentaremos perfilar lo que constituyó el problema de Unamuno, resumido en su «Yo», en su idea de Dios y en el cómo defender su «Yo» en el desconocido «Más allá».

EL YO DE UNAMUNO

Don Miguel de Unamuno tiende, a través de problemas abstractos, a buscar soluciones concretas, tornándose realista el que, navegando por lo abstruso de todas las ideas, una vez que ha elaborado la propia, nos la da como resolución de un problema que, si bien para su espíritu paradójico y analítico, puede admitir refutación, es, una vez dada, como isla donde poder hacer un transitorio descanso. Unamuno, como humano, es más creyente en lo que ve que no en lo que necesita de demostración, y lo que es tangible o visible, si bien cabe discutir su por qué y su cómo, no cabe hacer negación absoluta de ello, y menos, no creerlo: así entre lo que los hombres piensan y hacen, lo importante es lo que hacen y no lo que dicen pensar, y así también, cuando habla de la humanidad, dice casi despectivamente «¡Humanitas!», sustantivo abstracto, lo importante de ella es el Hombre, sustantivo concreto, el Hombre, que vive, quiere y muere, y, sobre todo, muere.

La Humanidad es, según don Miguel, la reunión de los humanos, cuya comunidad está integrada por el común ligamen del Hambre y del Amor—el Mundo sensible y el Mundo ideal—y de esta comunidad, de estos principios que nos igualan, extrae, individualizando y liberando a cada hombre concreto, a Pedro, a Juan, a Antonio, diferente cada uno entre sí y con una forma de ser—de vivir y querer—distintos, por que cada uno forma una unidad en el espacio merced a su propio cuerpo, y de continuidad en su propósito y en su obrar, que hacen que la entidad física y el «psiquis» de Pedro, de Juan y de Antonio, sean completamente distintos y que los determinan por siempre y los hace inconfundibles. Sólo por un accidente patológico, como el de la pérdida de la memoria, cabe la pérdida de la personalidad. El «Yo» es inalienable, intrasmisible, y, como tal, se hace incomprensible que pueda quererse la sustitución del propio «Yo» por otro. Que Juan, nos dice don Miguel, es más rico que yo, ¡bueno!; pero «¡Yo, soy «Yo»!», y aún cuando a esta exclamación le da don Miguel valor universal aplicable a cuantos Juanes, Pedros, Antonios o Migueles puedan existir, la singulariza exhaustivamente y respondiendo por anticipado a la pregunta que tácitamente pueda hacersele de ¿quién ere tú?, él contesta con Obermann «Para el Universo nada, para mí, todo... ¡Todo! ¡todo! menos ser otro; ¡todo!, menos dejar de ser el que se es, y ¡todo!, ¡todo!, menos dejar de ser».

¡La Humanidad!, repite don Miguel de Unamuno a menudo, lo interesante de ella—nos dice—es el hombre concreto que en ella vive, debiendo encaminarse la Civilización a potenciar a cada uno y a su conciencia personal, afirmando así el verdadero humanismo, pues los sacrificios y los desvelos dedicados a la abstracta humanidad,

son una dedicación sin objeto, ya que sólo el hombre es un fin y no un medio, y lo que tiene valor, teniéndole cuando concretado, es extraído y diferenciado de la abstracta Humanidad.

UNAMUNO Y DIOS

Un sentido tan concreto y tan personal del «Yo» que especifica Unamuno inalienable e insustituible, tiene como lógica—vital, diríamos con don Miguel—e inevitable consecuencia, que generar un sentido particularísimo de cuantos problemas deban relacionarse con él.

El problema que podemos llamar principalísimo y capital de Unamuno—pues todos los demás, bien se ve a través de su obra, que le son accesorios y como corolarios del mismo—es el *como* de la pervivencia de ese «Yo» a través de todos los tiempos, en el infinito, por siempre, y que le hace necesariamente desembocar en el planteamiento de la existencia de Dios, único ser increado e infinito, en toda su dimensión.

¿*Qui est Deus?*, ¿qué es Dios?, ¿qué es ese ser inaprehensible y desconocido?, y cual otro Tomás de Aquino, pero sin santidad, ni la bienaventuranza del reconocimiento de la pobreza de su espíritu—es decir, limitación de sus potencias—se lanza por los más abstrusos caminos, caballero del ideal de su propio «Yo» a desentrañar la tremenda incógnita de Dios.

Desconfía don Miguel de la humanidad y después, de los humanos, para venir a la postre íntimamente persuadido de lo inabordable del problema al desconfiar de sí mismo. Los precedentes para desentrañar a Dios sólo son para él formas de querer hallar la resolución dando la definición de lo que sea Dios, y, ni Platón, ni Tomás de Aquino, ni Agustín de Hipona, ni ningún otro hombre que vivió, amó y murió ha dado una definición que se pueda aceptar como cabal para desentrañar la terrible incógnita.

¡Definir a Dios! exclama ¡he aquí nuestro anhelo!; y, cual otro nuevo condenado por desconfiar en todo y de todos, encuentra en sus continuas ansias, el dolor por su insatisfacción.

Sentimiento y Razón—querer y conocer—están en Unamuno en constante pugna; y dice con su corazón lo que con la cabeza niega, haciéndose en él todo lo vital—el deseo de ser y de continuar el ser al querer razonar lo antirracional y en contrario todos los problemas de razón, con el puro razonar, antivitales, puesto que con ellos no se resuelven los problemas de Dios, si no con evidente imperfección.

La Fe religiosa, la fe de los sencillos, lo hubiera dado la resolución, pero ella—nos lo dice explícitamente—no les es dado a todos poderla disfrutar. Pudo haber encontrado la paz en algún credo religioso y entre ellos, mejor que en ningún otro, en el católico, ya que el mismo nos afirma «que el Catolicismo tiene por fin primordial proteger la fe en la inmortalidad personal del alma» pero... su constante desconfiar y el castillo de marfil en que encerró la suya, le hi-

cieron erguirse contra un cuerpo de doctrina sostenido por una filosofía a la que él denomina Aristotélico—escolástico—tomista, que, según dice «es una astucia de la Vida para obligar a la Razón a que la apoye... y tanto la apoya, que la pulveriza». No pudo ser por tanto, tampoco el catolicismo, dada su postura (la de don Miguel) la solución de su problema, y no obstante todo su batallar fué el de querer creer, que tuvo su contrabatallar continuo en el «¿pero cómo ceer?», y al no poder hacerlo encauzado en ningún credo religioso, ni en ningún otro cuerpo de doctrina y al no poderlo él tampoco concretar, nos manifiesta que: la duda, la incertidumbre son el mejor espolique para proseguir en la busca de la Verdad; teoría que no sabemos hasta qué punto hubo de satisfacerle íntimamente, y que, si la sostuvo con sinceridad, da lugar a pensar que fué porque una latencia subconsciente, originada por el hábito de pensar siempre en «Yo» se lo motivara, constituyendo un último reducto en que defenderse. Este «Yo», necesitado de independencia; desligado de lo que dijeran Pedro, Juan o Tomás y de lo que dijera el Protestantismo, el Catolicismo o el Racionalismo, hizo que un trágico y heroico arranque—heroico por lo arriesgado—le impulsara a querer crear, a Dios, es decir, a darnos y darse la concepción de El, y como justificación propia de este intento, nos dice «creer en Dios, el Dios que da finalidad al Universo y le haga consciente y personal es en cierto modo, crearle... querer que le haya... lograr su definición» y en esta trágica aventura fué dejando su paz y quién sabe si perdiendo la Vida que quería salvar.

La discordancia entre sus sentimientos y su razón le hicieron hasta sus finales deshojar la margarita de su incertidumbre, preguntándole constantemente ¿es Dios como lo define Tomás, como le manifiesta Agustín o como le invoca Francisco?, a lo que cada pétalo deshojado le iba diciendo: no como Tomás, no como Agustín, no como Francisco, para, una vez llegado el último pétalo que deshojar, al que se le hacía la acongojante pregunta de ¿es como lo piensa Miguel?, oír la contestación desesperante ¡no!, no es tampoco como lo piensas tú, hermano Miguel.

¡Definir a Dios! ese fué su anhelo penetrado continuamente de angustiosas e interiores interrogantes que le hicieron tomar por propias las palabras de Roberston: ¿Es Dios un ser vivo? ¿vive fuera o dentro de mí?, hasta hacerle exclamar imprecatoriamente ¡dime tu nombre, tu terrible misterio del amor! y que, al no escucharle, le hace decir desfalleciendo: ¡Tal es la lucha de toda mi vida sería!

FRANCISCO MARCOS LOPEZ

CUADROS DE ZURBARAN

I

SANTA CASILDA

Del siglo XVII esta alcorniada dama,
de noble empaque y gracia, sensual y palatina
surgió como un ensueño, florida y ágil rama
gala de una paleta rica, solar y fina...

La vestidura verde-tornasol, se recama
de alegre filigrana pulida y argentina
y, del escote terso viva como una llama
desciende abullonada la seda purpurina...

El rostro altivo y frío que a rosicler trasciende
una pompa banal rígida y cortesana
en la llama acerada de sus ojos enciende...

Si un milagro de rosas aletea en sus manos
todo en ella nos habla con vevrad tan humana,
que en el lienzo palpitan hálitos soberanos.

II

LA VIRGEN Y LOS CARTUJOS

Un problema riente de blancos se conjuga
en la estancia alumbrada por diez rostros cetrinos.

En las cales del muro luz morada se fuga
en lucha con el aire de prismas matutinos...

En la arcilla porosa de los barroes se enjuga
toda la clara esencia de los béticos vinos;
el pan candeal, tostado en la mesa subyuga
su gozo, por el nudo del jazmín con los linos...

Tiene la parva escena el musical encanto
inefable y alado, radiante y primitivo
de una acordada, simple y blanca sinfonía ..

Donde los rasos célicos y azulados del manto
dan cobijo a los hombres, que con fuego votivo,
quemán rudos afanes a los pies de María.